

Consumo audiovisual en jóvenes mejicanos

Luis Alfonso Guadarrama Rico*

En Latinoamérica, los estudios sobre televisión —independientemente de los enfoques teóricos o metodológicos— se han preocupado por indagar los procesos de recepción o de interacción que se desencadenan en niños (Corona, 1989; Orozco, 1990; Cornejo, 1995), en las llamadas «amas de casa» (Renero, 1992; Llano, 1992), o en general en las familias (Barrios, 1992; Covarrubias et al., 1994). Es hasta hace poco que los jóvenes, como sujetos de interés, han empezado a ocupar la escena en las investigaciones sobre televisión (Lozano, 1994; Aguilar et al., 1995). En lo que va de la presente década, varios investigadores (Silverstone y Hirsch, 1996) han planteado la necesidad de inscribir las investigaciones sobre televisión contextualizándolas en su espacio de recepción natural (el hogar) y haciendo un esfuerzo para relacionarlos con otras tecnologías con las que las familias usualmente interactúan dentro de sus hogares.

El objetivo de este trabajo consiste en ofrecer datos acerca de cómo se están configurando los hogares, en términos de las tecnologías que ambientan los espacios domésticos de hogares urbanos y qué tipo de rela-

* Profesor de la Universidad Autónoma del Estado de Méjico (Toluca, Méjico) y miembro de la Red COES.

ciones de consumo televisivo, de video y lúdico están entretejiendo los núbles en su escenario familiar. Las interrogantes que guiaron el trabajo de investigación fueron tres: ¿cuáles son las tecnologías domésticas que hoy configuran los hogares asentados en el medio urbano? ¿qué relaciones de consumo establecen los jóvenes con estas tecnologías, (especialmente con la televisión, el video y los juegos programados) apropiadas y radicadas en su respectivos hogares? y ¿qué tipo de normas o reglas parentales buscan regular los consumos televisivos de los jóvenes? No obstante que estos fueron los ejes fundamentales del trabajo, fue necesario recoger información adicional que permitiera dar cuenta de algunas características estructurales de las familias², con el propósito de ofrecer una visión contextualizada del ambiente familiar que arrojaba a cada joven.

La investigación se llevó a cabo en el marco de un taller dedicado a introducir a un grupo de estudiantes de secundaria en la problemática de los medios de comunicación en la familia. Por cuestiones de organización y administración escolar, no fue posible desarrollar el trabajo con una muestra aleatoria de los jóvenes estudiantes, en tanto que las autoridades educativas del plantel accedieron a la impartición del taller con la condición de que sólo tomaran parte un total de 23 alumnos que habían mostrado altas calificaciones en sus respectivos exámenes³. Esta condición obliga a tomar los resultados aquí presentados como un punto de partida para subsecuentes estudios.

La recolección de datos se hizo del 21 al 25 de octubre de 1996, en la propia escuela a la que asistían los informantes. Se emplearon cuadros de registro cruzado, guía de preguntas y genogramas. Las edades de los muchachos fluctuaban entre 11 y 14 años y asistían a una escuela secundaria de sostenimiento privado, asentada en el Valle de Toluca, Méjico. Las

2. Para el trazado de las estructuras familiares se elaboraron genogramas, siguiendo las recomendaciones de McGoldrick y Gerson (1983). El genograma es un árbol familiar que registra información sobre los miembros de una familia y sus relaciones, es decir, constituye una representación gráfica de una familia y permite explorar su estructura y «poner al día» el cuadro familiar.

3. Del total de participantes, 16 son mujeres y 5 hombres.

familias de los jóvenes participantes radicaban en alguna de las tres ciudades siguientes: Toluca (11), Metepec (7), Zinacantepec (5); localidades urbanas que forman parte de la zona mencionada.

Generación y estructuras familiares

El tamaño de la familias (en términos de número de hijos e hijas) guarda relación con amplios procesos sociales y culturales que ayudan a explicar por qué la estructura de éstas se modifica a lo largo de tiempo. En particular, en Méjico, hacia la década de los años sesenta, se inició una fuerte política para promover la planificación familiar, es decir, para que las parejas redujeran el número de descendientes. Esta medida, junto con otros procesos como el apoyo para ampliar la cobertura de los servicios educativos y la incorporación de las mujeres al ámbito ocupacional traería como consecuencia que el número de miembros en las familias se redujera ostensiblemente, sobre todo en las áreas urbanas (INEGI-SINU, 1995).

Los datos aquí recabados nos permiten observar parte de estos procesos. Veamos. El número de hijos en las familias presentó un rango real de 6 a 2 vástagos. Considerando la edad de la madre, seis de cada diez esposas cuya edad fluctuaba entre los 35 y 44 años, sólo tuvieron dos o tres hijos, comparativamente con las cónyuges de 45 años o más que procrearon entre 4 y 6 vástagos. La edad de los esposos se movió en un rango de 59 a 32 años y, para las mujeres, de 48 a 32, diferencia explicada por la tendencia en Méjico a constituir matrimonios en los que el hombre debe ser mayor que la mujer (INEGI, 1994). Prácticamente todos los padres de estas familias poseen estudios superiores, cuentan con empleo remunerado. En contraste, más de las cuatro quintas partes de las madres alcanzaron los mismos niveles de educación que sus respectivos cónyuges, excepto que más de la mitad ellas se dedica a lo que comúnmente se denomina ama de casa, es decir, como agudamente lo apunta Ángeles Durán «son trabajadoras por cuenta propia del sector doméstico, asumen la gestión y dirección de la producción doméstica en un hogar. La mayoría trabaja exclusivamente en este sector, pero algunas simultanean su dedicación con

el trabajo en el sector extradoméstico...» (Duran, 1987: 144-145).

Por su estructura, las familias presentaron mayoritariamente una composición nuclear, es decir, están integradas por ambos cónyuges y sus respectivos hijos. Este indicador es congruente tanto con los resultados que han ofrecido Selby, Murphy y Lorenz (1994), al señalar que la familia en el Méjico urbano es predominantemente nuclear, como en lo encontrado por Hans Oudhof (1996), sobre un estudio desarrollado precisamente en el Valle de Toluca.

En esta muestra incidental de familias urbanas, se encontró un mayor número de hijas que de hijos. La tendencia estatal marca una proporción casi equilibrada entre hombres y mujeres: 49.3 vs. 50.7, respectivamente (INEGI, 1992). Aquí, por cada diez hijos, seis son mujeres, es decir, una tendencia dominada por las hijas; sin embargo, no se trata de una muestra representativa sino sesgada. Lo interesante es que este tipo de composición —en términos de sexo— configura una dinámica distinta en las familias que tienen más hijas que hijos o viceversa. Para ofrecer una idea del comportamiento de este indicador, destaco lo siguiente: De las 23 familias referidas, en diez de ellas predominan las mujeres; en sólo tres familias fueron más los hijos varones y en las diez estructuras restantes estaba equilibrada la distribución por sexo, pero en relación de uno a uno, es decir, con sólo dos descendientes.

Equipamiento doméstico

¿Qué tipo de equipamiento doméstico habita en los hogares de estos jóvenes? ¿cuáles son las relaciones de consumo que establecen con este tipo de equipamiento asentado en sus respectivos hogares? Si se tiene en cuenta que los jóvenes asistían a una escuela secundaria de sostenimiento privado y que el tamaño de su respectivas familias se movió en el rango de 4 a 6 miembros (incluyendo a los progenitores), podemos suponer que el nivel socioeconómico de las familias se puede ubicar en la categoría medio-alto. Veinte familias contaban con teléfono; todas disponían de televisores; un total de 22 reportaron tener videograbadora; siete de éstas con-

taban además con cámara de video en sus hogares; todas tenían algún radio y equipo de sonido para escuchar audiocasetes, discos convencionales y discos compactos; siete de cada diez familias contaban con microcomputadoras instaladas en su hogar y diecinueve jóvenes respondieron que contaban con dispositivos para videojuegos.

Asistimos a una configuración de equipamiento doméstico en el que priva lo audiovisual. Televisores, videos, videojuegos, microcomputadoras y toda la producción tanto radiofónica como musical a la que se puede acceder a través de los equipos de sonido y las radiograbadoras, constituyen los puntos de relación cotidiana en los hogares. Los jóvenes entrevistados expresaron que sus consumos más constantes, en orden de importancia, estaban relacionados con el teléfono, equipos radiofónicos, la oferta de la televisión, los videojuegos y los videos.

En mi opinión, esta configuración audiovisual que se afianza en los hogares, hace aparecer, con trazos más definitivos, un perfil cultural que repliega con mayor énfasis el silencio y acrecienta su contraparte: lo sonoro. Esta constelación de estímulos que habitan los hogares hace recordar uno de los cuentos de Ray Bradbury *El asesino*, en el que el personaje principal (Albert Brock), harto de no encontrar cotidianamente el refugio del silencio, le relata lo siguiente al psiquiatra que le atiende en un hospital para enfermos mentales:

Brock: Bueno, aquella noche hice planes para asesinar a la casa.

Psiquiatra: Pero ¿quiere que lo escriba así? ¿Está seguro?

B: Es semánticamente exacto. Había que enmudecerla. Mi casa es una de esas casas que hablan, cantan, tararean, informan sobre el tiempo, leen novelas, tintinean, entonan una canción de cuna cuando uno se va a la cama. Una casa que le chilla a uno una ópera en el baño y le enseña inglés mientras duerme. Una de esas cavernas charlatanas con toda clase de oráculos electrónicos que lo hacen sentirse a uno poco más grande que un dedal, con cocinas que dicen: «Soy un pastel de durazno, y estoy a punto» o «Soy un exquisito trozo de carne asada, ¡sácame!», y otros cantitos semejantes. Con camas que lo mecen a uno y lo sacuden para despertarlo. Una casa que apenas tolera a los seres humanos, se lo aseguro. Una puerta

de calle que ladra: «¡Tiene los pies embarrados, señor!» Y el galgo de un vacío electrónico que lo sigue a uno olfateándolo de cuarto en cuarto, sorbiendo todo fragmento de uña o ceniza que uno deja caer. ¡Jesucristo! ¡Jesucristo!

P: Cállese.

B: ¿Recuerda aquella canción de Gilbert y Sullivan, Lo he anotado en mi lista y jamás lo olvidaré? Me pasé la noche anotando quejas. A la mañana siguiente me compré una pistola. Me embarré los zapatos a propósito. Me planté ante la puerta de calle. La puerta chilló: «Pies sucios, pies embarrados! ¡Límpiese los pies! ¡Por favor sea aseado!» Le disparé un tirpo por el ojo de la cerradura. Corrí a la cocina, donde el horno lloriqueaba: «¡Apánguenme!» En medio de una tortilla mecánica, enmudecí la cocina. Oh, cómo siseó y gritó: «¡Un corto circuito!» Entonces sonó el teléfono, como un murciélago. Lo eché a la taza de baño y bajé la palanca. Debo declarar que no tenga nada contra la taza sanitaria. Lo siento por ella, un dispositivo útil sin duda, que nunca dice una palabra, ronronea como un león somnoliento la mayor parte del tiempo, y digiere nuestros restos. La arreglaré. Luego fui y maté el televisor, esa bestia insidiosa, esa Medusa, que petrifica a un billón de personas todas las noches con una fija mirada, esa sirena que llama y promete tanto, y da, al fin y al cabo, tan poco, y yo mismo siempre volviendo a él, volviendo y esperando, hasta que... ¡pum! Como un pavo sin cabeza, mi mujer salió chillando a la calle. Vino la policía. ¡Y aquí estoy!

P: ¿Y no pensó usted, al cometer esos crímenes, que la radio pulsera, el transmisor, el teléfono, la radio del ómnibus, los intercomunicadores, eran todos alquilados, o pertenecían a algún otro?

B: Lo haría otra vez, que Dios me proteja.

Es decir, el panorama que nos deja re-conocer Ray Bradbury, en este cuento de ciencia ficción (?) es precisamente ese dominio del sonido en nuestra vida cotidiana. Esa multiplicidad de expresiones sonoras que ya parecen inconcebibles para conducir nuestro diario acontecer y que al mismo tiempo nos dejan poco o ningún espacio para alimentarnos de ese silencio que reclaman los procesos de introspección para estar frente a noso-

tros mismos. Demos un paseo por esta selva del sonido y miremos cómo se vinculan las distintas tecnologías con las generaciones que nos siguen.

Rin, rin... ¡Es para ti....!

El teléfono, para este grupo etéreo, constituye un recurso de especial importancia para mantener vivas sus relaciones de amistad fraguadas en la escuela, en el aula y en amplios grupos de amigos. Esta condición hace que especialmente las jóvenes de estas edades vivencien conflictos más o menos permanentes con sus progenitores por el abuso de este dispositivo de comunicación. Sin embargo, a través de él comparten o resuelven tareas escolares, dialogan sobre los sucesos ocurridos en la escuela, tanto con amigos como con los profesores y directivos; intercambian información acerca de contenidos televisivos, exhibiciones de programas y películas específicas en salas de cine y en videos. Diríamos que a través de la conversación telefónica —desde el hogar— no sólo fortalecen sus relaciones interpersonales, sino que al mismo tiempo dan cuenta de los consumos con otros medios, comparten con sus iguales una cultura común audiovisual y de contenidos específicos, provocando un atenuamiento de los límites entre lo privado y lo público. Así, como lo destaca Tim Putnam «...con la ayuda de las tecnologías de la comunicación y del transporte [...] los límites del hogar y del vecindario aparecen más difusos...» (Putnam, 1996: 284).

Televisión y video

Hoy es infrecuente que las familias de los medios urbanos y suburbanos sólo dispongan de un televisor; más bien tienden a mantener un promedio de dos pantallas chicas. Mis registros en estas familias y en algunas otras que he documentado permiten plantear que las televisiones en los hogares no sólo son un tipo de equipamiento dominante, sino que en algunos casos las familias suelen conservar televisores que ya no funcionan o inservibles, aspecto que les atribuye un valor simbólico que va más allá de su funcionalidad o calidad (Guadarrama, 1996).

Del total de las familias, 22 disponían de 2 a 5 pantallas chicas y sólo

una disponía de un aparato televisivo, cuyo número de hijos son dos de sexo masculino. Contrario a lo que se pudiera pensar, el número de tele-receptores no guardó correspondencia con el número de hijos. Por ejemplo, una familia contaba con 4 televisores y tenía cinco hijos (cuatro mujeres y un hombre); otras familias poseían cinco aparatos pero el número de hijos era de 2 ó 3; algunos hogares contaban con cuatro televisores y el número de retoños se movió también entre dos o tres. En menos palabras, la adquisición de televisores no parece responder, al número, género ni generación de este grupo estudiado.

Sería indispensable explorar otros mecanismos relaciones con la toma de decisiones que hacen los progenitores de la familias al adquirir más televisores de los que uno supondría necesarios, dada la estructura y conformación, tanto de los miembros integrantes como de la función de los espacios en el hogar. Colin Campbell llama la atención sobre el concepto de lo «nuevo» y deja entrever que, en una de sus acepciones «...lo nuevo como lo perfeccionado o innovador» (Campbell, 1996: 87) pudiera constituir un resorte para explicar por qué la gente posee más aparatos (en este caso televisores) de los que funcionalmente requeriría para atender sus necesidades; es decir, trata de poner en el centro de la mesa cómo «el interés por los productos «mejorados» constituye una característica destacada del consumismo moderno...» (Campbell, 1996: 89). De ser así, en futuras investigaciones habría que profundizar sobre lo que Igor Kopytoff denomina la biografía de la cosa (u objeto) para entresacar sus significados particulares (citado por Silverstone y Hirsch, 1996).

¿Qué ven en la tele?

Los programas televisivos que declararon ver los 23 alumnos participantes en el taller fueron, en atención a las mayores frecuencias, los siguientes: Los Simpson (20); Películas (19); El príncipe del rap (18); Al Derecho y al Derbez (17); La pantera rosa (17); Los expedientes secretos X (17), Ciencias loca (16). En promedio, ocho de cada diez estudiantes manifestaron ver con regularidad estos programas de televisión. En términos gene-

rales, lo que podría decir en una primera lectura, es que algunos de ellos parecen guardar cierta correspondencia con la edad de los informantes. Por ejemplo, la serie *Ciencia Loca* es protagonizada por adolescentes, los mismo sucede con *El príncipe del rap*.

¿Cuál podría ser el hilo conductor que ayude a explicar la selección de esta «dieta televisiva» en los jóvenes? Un primer aspecto a considerar es la propia oferta programática que detenta la televisión abierta en México. Los estudiantes, de acuerdo con los programas que manifestaron ver en televisión, suelen mirar sus programas entre las 18:00 y 21:00 horas, horario que parece guardar relación con sus ocupaciones para realizar las tareas escolares y, como lo anoto más adelante, con la permisividad parental acerca del horario para mirar televisión. Es claro que independientemente de las pugnas entre las televisoras comerciales (Televisa y TV Azteca), los jóvenes (y en general la mayoría de los televidentes) «saltan» de un canal a otro en busca de su programa favorito. Por ejemplo, a las 18:00 verán *La Pantera Rosa* en el canal 5 de Televisa; minutos después cambiarán al canal 7 de TV Azteca para ver *El Príncipe del Rap*. Al sonar las 19:00, por el canal 7, verán *Ciencia loca*; continuarán en la misma señal para ver *Los Simpson* y, a eso de los 21:00 horas, saltarán al canal 2 de Televisa para ver el programa cómico *Al derecho o al Derbez*. Un segundo aspecto que me interesa apuntar está relacionado con las series de comedia norteamericana que suelen consumir los jóvenes. *Los Simpson*, *El príncipe del rap* y *Ciencia loca*, tienen —como telón— a la familia de clase media norteamericana y conservan en el eje de sus tramas el desempeño en la escuela. En las tres series estadounidenses uno de los personajes muestra un desempeño deficiente y el otro presenta buenas notas escolares.

En particular, en la serie *El príncipe del rap*, ambos cónyuges tienen empleo remunerado y, en *Ciencia loca*, usualmente los padres de los respectivos protagonistas no aparecen en escena ¿acaso estos hilos de la trama son los que convocan e interpelan a los jóvenes de clase media de las ciudades urbanas? ¿se trata de una selección que responde a mecanismos como la edad y condición de los protagonistas? ¿los jóvenes encuentran en el contenido televisivo de estas series parte de sus propias identidades perso-

nales, familiares y culturales? Por ahora me parece que la correspondencia entre las historias que entretejen las series (familia, escuela, rendimiento académico, padres que trabajan) y las propias de estos jóvenes pueden guardar alguna relación que impulse hacia la selección de estas series. También estimo que en los medios urbanos se afianza entre los jóvenes una proclividad al consumo de series norteamericanas, producto de un doble movimiento: de un lado, la expansión de contenidos estadounidenses (especialmente de series y largometrajes), encuentran espacios donde enraizar, ante la carencia de producción nacional por parte de las empresas comerciales y, del otro, la propia condición de clase media de las familias de estos núbiles podrían encontrar elementos concomitantes a las características socioeconómicas que detentan estas series norteamericanas. De ser así — este segundo movimiento — cuando se tratase de estudiantes ubicados en este grupo etéreo, enclavados en un nivel socioeconómico menor o muy superior, esperaríamos encontrar distintos móviles o referentes para aplicar otras selecciones programáticas, dentro de la misma barra de horarios.

Respecto al programa *Al derecho o al Derbez*, se trata de una serie humorística que constantemente emplea el denominado «doble sentido» para jugar permanentemente con las posibilidades del significado, mismo que puede ser interpretado, cuando se comparten los códigos que contribuyen a edificar estos juegos con el lenguaje hablado. Por ejemplo, en uno de los programas de esta serie, el protagonista maneja expresiones como:

La maestra enseña... ¿porque tiene buena pierna?

Si el carpintero se la pasa clavando... ¿a qué hora trabaja?

Si madre sólo hay una... ¿de quién son estas... cosas?

Si el hombre araña ¿la mujer rasguña?

Desde luego, este tipo de artilugios lingüísticos constituyen una parte del contenido de esta serie cómica, puesto que se alimenta de una serie de sketches realizados por otros personajes creados por el propio conductor, pero la constante en el contenido estriba justamente en el empleo recurrente del doble sentido. Este aspecto lúdico que conserva el programa, puede constituir una fuente de especial simbolismo para el adolescente pues, como lo veremos más adelante, a través de él parece escapar, en su propio

hogar, del control parental para ver programas que contengan «escenas fuertes» o relacionadas con «sexo».

Otros programas como *Los expedientes secretos X* y *La pantera rosa*, el primero perteneciente al género del suspenso y una especie de mezcla con la ciencia-ficción y, el segundo, ubicada dentro de las caricaturas, cierran el abanico de las preferencias televisivas de estos jóvenes. Así, tenemos una constelación de cuatro géneros de mayor predilección en este grupo de estudiantes pertenecientes a familias de clase media-alta, radicados en ciudades: comedia, suspenso, caricaturas y películas. A este respecto, Miguel Ángel Aguilar et al., encontró, en jóvenes de sectores populares de la ciudad de Méjico, que los jóvenes se vinculan a la televisión a través del consumo de series, deportes y musicales y que, en el caso de las adolescentes los programas favoritos están ubicados dentro de los géneros caricaturas, telenovelas, series y películas (Aguilar et al., 1995). Como se puede apreciar, en este grupo de jóvenes las telenovelas no presentaron frecuencias altas, a pesar de estar conformado el grupo de estudiantes mayoritariamente por mujeres y, en función de ello, tampoco emergió el género deportivo.

Durante los fines de semana, el consumo televisivo y la relación con el aparato dentro de los hogares se ve modificado ostensiblemente. Gracias a la videgrabadora y a que la oferta programática de la televisión abierta se ve congestionada de programas deportivos y largometrajes, los jóvenes expresaron que usualmente los fines de semana rentan películas en video. Aquellos que por diversas circunstancias no cuentan con dinero para la renta durante el día sábado o domingo, se conforman con buscar largometrajes en la oferta de la propia televisión. Al preguntar a los estudiantes acerca de los géneros de películas predilectos, más de la mitad de ellos se concentraron en las películas de acción y comedia, seguidas de los géneros terror y drama.

Equipo lúdico

El juego ha sido uno de los procesos sociales que también ha tenido transformaciones importantes a partir del surgimiento de las nuevas tecnologías. De hecho, la misma PC permite incorporar programas especial-

mente diseñados para que el usuario juegue. Se preguntó a los informantes si en sus hogares disponían de este tipo de dispositivos tecnológicos programados. Un total de 19 jóvenes declararon disponer de Nintendo. Este dispositivo ha tenido constantes modificaciones así como los programas o cassettes con los que se operan los juegos. A la fecha, este aparato es capaz de presentar imágenes de alta definición; la mayoría de sus programas están confeccionados con animación y su contenido es más belicoso y violento conforme avanza su desarrollo tecnológico.

Algo sobre control parental

Finalmente, al pedirles información acerca de qué normas o reglas apreciaban en sus hogares en los momentos para «ver televisión», casi la mitad de ellos respondió que no había regla alguna para mirar la televisión. A este respecto, David Morley (1992), precisa que cuando los miembros de las familias expresan que no hay reglas acerca de la TV, se tiene que mirar un poco más atentamente para descubrir las formas en las que operan una serie de reglas implícitas puesto que —como lo señala el autor— la noción de una familia operando sin reglas de algún tipo es simplemente algo sin sentido.

Por esta razón, enseguida interrogué acerca de si podían mantener encendido el televisor hasta pasadas las 23 horas, por ejemplo; o si estaba permitido ver cualquier programa de televisión. Ante ello, más de dos tercios de los participantes expresaron que sus padres no les permitían ver programas que presentaran «escenas fuertes» o de «sexo». Esta última regla me llamó la atención debido a que las llamadas «escenas fuertes», en efecto, quieren significar escenas de sexo. Pero, al analizar los contenidos de programas como *Al derecho y al Derbez* o *Los Simpson*, resulta que en el caso del primero, la referencia a temas de sexo, tratados ciertamente con humor mediante el denominado «doble sentido», es muy constante. Y sin embargo, está permitido por los padres. —Al menos por lo que se deja apreciar en los registros de las preferencias programáticas que los mismos participantes declararon. Referente al segundo programa, *Los Simpson*, la

serie da cuenta de asuntos de la vida de esta familia norteamericana y en varias escenas se habla expresamente de la relación sexual entre la pareja, siete de los estudiantes anotaron en sus documentos de familia frases como la siguiente «no está permitido mirar televisión hasta muy noche».

El control parental acerca de lo que los hijos han de mirar en la televisión está definido como determinadas escenas fuertes o determinada manera de referir el tema sexo. Sin embargo, una mirada más detallada del control que ejercen los padres de familia sobre sus hijos menores y adolescentes nos permite ver que través del humor, del doble sentido, de la evocación implícita están permitidas las denominadas escenas fuertes. En menos palabras, siempre que la maravillosa desnudez de los cuerpos no esté presente en la pantalla chica, está permitida esa ágil mirada de los hijos e hijas sobre la televisión, pero que no se mire el cuerpo, porque entonces la tele ha de ser apagada, vía el control parental.

Conclusiones

El trabajo aquí referido permitió explorar cómo las tecnologías de información se han instaurado en los hogares y han empezado a configurar un ambiente doméstico cada vez más audiovisual, de cuya oferta los jóvenes establecen relaciones de consumo a través del teléfono, los equipos radiofónicos, de radiograbación; el televisor, la videograbadora y los videojuegos.

Presenciamos, en los medios urbanos, estructuras familiares cada vez más compactas, en términos del número de descendientes y del total de miembros que conforman a las familias, pero al mismo tiempo, en función de la revolución tecnológica, los hogares amplían su equipamiento de comunicación audiovisual (televisores, videograbadoras, cámara de video, radiograbadoras y videojuegos), disponiendo de un mayor número de medios para acceder a la oferta, condición que parece ensanchar —al mismo tiempo— los límites entre lo público y lo privado.

Los jóvenes de este grupo estudiado emplean de manera preponderante el teléfono para restablecer, mantener y ampliar sus relaciones interpersonales surgidas en escenarios extrafamiliares, al mismo tiempo que les per-

mite vehiculizar intercambios acerca de los consumos cotidianos que hacen en los medios electrónicos. Enseguida, en orden de importancia, las radiograbadoras constituyen un medio de uso frecuente, pues les permite conocer, identificar y dar seguimiento a sus artistas favoritos. La televisión y la videograbadora, en estas familias, constituyen un binomio predominante que permite generar una actitud contestataria cuando los contenidos propuestos por las cadenas de la televisión abierta durante los fines de semana, no responden a las expectativas tanto de las familias como de los jóvenes.

En los estudiantes de esta muestra, el promedio de horas de consumo televisivo durante los cinco días de la semana suman 4 horas diarias. La distribución de este consumo está orientado a programas de comedia, suspenso, caricaturas y películas. Durante los fines de semana, los núbles de estas familias suelen preferir largometrajes de acción, comedia, terror y drama, principalmente.

Los padres y, especialmente, las madres de los jóvenes establecen reglas más específicas en torno al horario permitido para mantener encendido el televisor y, de manera particular, respecto de los contenidos televisivos que les está permitido ver a sus vástagos dentro de sus hogares. Acotan un horario y buscan mantener cierta vigilancia acerca de la selección de programas que contengan escenas «fuertes» o de «sexo». En contrapartida, no parece haber una clara regla en torno a la selección de contenidos cargados de violencia, como las series y películas de acción o terror. En contrapartida, los jóvenes pueden ver programas cómicos en los que se alude, mediante artilugios del lenguaje hablado, a las mencionadas escenas de «sexo» o relaciones íntimas en pareja.

Respecto a la cultura audiovisual y su arteria consustancial, el sonido, esta configuración del equipamiento que habita en los hogares, deja pocas esperanzas para que surjan, como en el cuento de Bradbury, personas hartas de lo sonoro; individuos que busquen, en un arranque de locura, los escasos repliegues del silencio; esquizoides, que un día, como Albert Brock digan:

Soy la vanguardia de unos pocos cansados de ruidos y de órdenes y

empujones y gritos, y música en todo momento, en todo momento en contacto con alguna voz de alguna parte, haz esto, haz aquello, rápido, rápido, ahora aquí, ahora allá. Ya veremos. La rebelión comienza. ¡Mi nombre hará historia!



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR, MIGUEL ÁNGEL *et al.* (1995): «Televisión y vida cotidiana. Una aproximación cualitativa», en *VERSIÓN* N°. 5. Méjico: UAM-Xochimilco.
- BARRIOS, L. (1992): *Familia y televisión*, Venezuela, Monte Ávila Editores.
- BRADBURY, R. (1989): «El asesino», en *Las doradas manzanas del sol*, Méjico, Minotauro.
- CORNEJO PORTUGAL, I. *et al.* (1995): «Televisión sí, pero con orden», en *Anuario de Investigación de la comunicación*, Coneicc II, Méjico, CONEICC.
- CORONA B. S. (1989): *Televisión y juego infantil*, Méjico, UAM-Xochimilco.
- COVARRUBIAS, K. *et al.* (1994): *Cuéntame en qué se quedó. La telenovela como fenómeno social*, Méjico, Trillas.
- DURAN, M. (1987): *De puertas adentro*, Madrid, Ministerio de Cultura/Instituto de la Mujer.
- GUADARRAMA RICO, L.A. (1996): «Familias y televisión, una reconstrucción sistémica», en *Revista Convergencia*, No. 12/13, Méjico, UAEM/CIPAP.
- INEGI (1994): *Estadísticas de matrimonios y divorcios 1950-1992*, Méjico, INEGI.
- INEGI-SINU (1995): *Perfil estadístico de la población mejicana: una aproximación a las inequidades socioeconómicas, regionales y de género*, Méjico, INEGI-Sistema Intergerencial de las Naciones Unidas.
- LOZANO, J.C. (1994): «Recepción y uso de medios de comunicación en los jóvenes fronterizos», en *Anuario de Investigación de la Comunicación* CONEICC, Méjico, Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación.
- MCGOLDRICK, M. Y RANDY, G. (1990): *Genogramas en la evaluación familiar*, España, Gedisa.

- MORLEY, D. (1992): *Television, audiences and cultural studies*, London, Routledge.
- OROZCO, G. (1990): «No hay una sola manera de hacer televidentes», en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. IV, N. 10, Méjico, Universidad de Colima.
- OUDFHOF VAN BARNEVELD, H. (1996): «Formas de organización familiar en el medio urbano y rural del Valle de Toluca», en *Memorias del 2º Coloquio Regional de Investigación 1996*, Toluca, Méjico, UAEM.
- PUTNAM, T. (1996): «Regímenes de cierre. La representación del proceso cultural en el consumo doméstico», en Silverstone, Roger y Hirsch, Eric. *Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la moderna tecnología en el hogar y en la familia*, España, Bosch.
- SELBY, H, MURPHY, A Y LORENZ, S (1994): *La familia en el Méjico urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (178-1992)*, Méjico, CONACULTA.
- SILVERSTONE, ROGER Y HIRSCH, ERIC (1996): *Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la moderna tecnología en el hogar y en la familia*, España, Bosch.
- SILVERSTONE, ROGER Y HIRSCH, ERIC (1996): «Tecnologías de la información y de la comunicación y la economía moral de la familia», en *Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la moderna tecnología en el hogar y en la familia*, España, Bosch.